

DOS NUMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID,

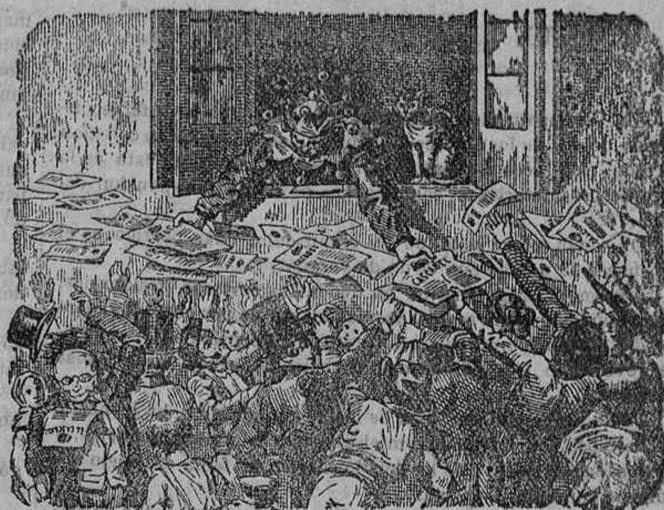
Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16 "
Un año. 30 "

PROVINCIA.

Tres meses. 10 rs.
Seis id. 18 "
Un año. 34 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALO A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIO.

EXTRANJERO:

Tres meses. 30 rs.
Seis id. 55 "
Un año. 74 "

ANUNCIOS:

Seis meses. 25 rs.
Un año. 40 "

RECLAMACIONES:

Seis meses. 50 rs.
Un año. 110 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponerlo al gato. Lo que fuera se verá.

COSAS DEL DIA.

CUANDO LLUEVE.

—¡Ya llueve, ya llueve!
—¿Qué estás diciendo, mujer?
—Que está lloviendo.
—¡Maldito sea el demonio! ¡Qué chaparrón! ¡Ya no hay toros esta tarde!
—¡Mira que desgracia! ¡Mejor!
—Eso es, tú quieres que esté trabajando toda la semana y luego no vaya el domingo a exparcirse un poco en los toros.
—¡Vaya una diversion! Si fuera ir con tu mujer y los niños a comer una tortilla, en la Pradera del Corregidor!
—¡Mucho nos divertiríamos allí los cuatro, hechos unos tontos. Mas me divierto en los toros.
—Justamente, y gastas mas dinero; y yo, sin pañuelo para la cabeza, y los chicos sin zapatos.... Pues yo me alegro de que llueva, por que así habra trigo y bajarán el pan....
—¡Para el pan que yo como!
—Es verdad, tú, con que no se suba el vino ya tienes lo bastante.
—Mira, mujer, cállate, y no me calientes la cabeza, que sin toros y contigo, estoy de un humor de todos los demonios....
—¿Por qué no te has metido a torero, ya que tanta afición tienes?...
—Así lo hubiera hecho.
—¡Cá! Eres tú muy blanco para eso.
—¡Mujer, no digas que es cobarde un hombre que se ha casado contigo!
—¡Qué gracia!
—¡Vaya! dame la capa.
—¡A dónde vas?
—Ahí cerca.
—A la taberna.
—¡Toma! no habiendo toros, ¿qué ha de hacer un hombre en el mundo?...
—¡Jesús! Tengo desgracia. ¡Un día que me ocurre salir, me ha de coger toda el agua! ¡Mejor rogativa que yo! ¡Anda, hombre!
—Mujer, tú eres la que has de andar. Yo llevo a Luisito de la mano, y ya lo ves, que parece que lo llevan a rastra.
—Cógelo en brazos.
—Cógelo tú.
—¡Eso! Sobre que estoy embarazada, aun iria á cargar ahora con ese borrego.
—Pues con ese borrego tampoco quiero cargar yo. Anda, Luisito.
(LUISITO LLORANDO).—¡Qué no puedo! ¡Que me canso! ¡No quiero andar!
—Vamos, hijo mío, que ya te compraremos el caballito.
—Cómpramelo ahora.
—Ahora no se puede que llueve. Luego cuando lleguemos á casa.
—¡No quiero andar!
—Pero hombre, coge al niño; por una vez, no se te caerán las uñeras.
—¡Qué poco lo coges tú!
—Yo, porque estoy embarazada.
—Mas embarazado estoy yo. (A Luisito.) Bueno, te cojo, pero cuando lleguemos á casa, ya te daré yo buen caballito. Voy á pegarte una zurra que te vas á chupar los dedos.
—Mire V., que darle la gana al cielo de llover, precisamente una vez que le dejan á una salir despues de quince dias metida en casa... tiene esto cuatro bemoles...
—Pues no te digo nada... La doncella parece que tiene suerte. Siempre que sale, un día riquísimo... Pero en diciendo que me toca á mí salir, ya pueden sacar los paraguas.
—¡Y qué vamos á hacer? ¿Nos vamos á meter en casa de los otros ahora?

—Cá, hija, ni por pienso. Vamos aquí á la plaza Mayor, compraremos cacahuets y pasaremos con los militares, que son gente fina y divertida.
—Andad, hijas mías, que va á llover mucho.
—Por Dios, mamá, que esto no es andar, esto es ir al trote.
—Pues al trote es menester ir.
—Tambien ha sido desgracia estrenar hoy los vestidos.
—Y como no vayais de prisa, los vais á echar á perder.
—Lo que es yo, ya no puedo andar mas á prisa que ando. ¡Ay mamá!
—¿Qué ha sido eso?
—Que me he torcido un pié.
—¡Los malditos taconicos de las botas! ¡Mal hayan las modas tantas y ridiculas!
—Vaya, que no ha sido nada. Ya se me pasó. ¡Ay! Pero todas los llevan.
—Todas hacen mal. Vamos, que llueve. ¡Si hubiera un coche! ¡Pero búscalo ahora!
—¡Ay mamá!... Ya me han caido algunas gotas en los adornos.
—¡Vestiditos de mi alma! ¡Cómo se van á poner! A saber, á saber lo que va á decir tu padre cuando lo vea! Dios sabe lo que echará por aquella boca. ¡Válgame Dios! Andad, abrid las sombrillas; digo, no, no las abrais, que tambien se van á echar á perder. ¡Ah! ¡Cómo os vais poniendo las faldas! Tú, Juanita, recógete mas el vestido. Que te se ve la pierna, Merceditas. ¡Ah! ¡cómo os poneis los vestidos nuevos! ¡Buen estreno han tenido! ¡Vestidos de mi corazon! ¡Doce duros tirados al agua como quien dice!
—Me ha dicho que á las doce en punto de la noche saldria al balcon. ¡Qué hermosa es! Al fin he conseguido que me dé una cita. ¡Cuan feliz soy! ¡Y cuánto llueve! ¡Oh!... ¡Ella es!... Ya sale.
—Buenas noches, Joaquineto.
—Buenas noches, divina.
—No grite V., que nos pueden oír.
—¿Eh?
—Que no grite usted, que nos pueden oír, y se acaba de acostar mamá.
—Bueno; pero tengo tantas cosas que decir á V....
—¿Eh?
—Que tengo tantas cosas que decir á V....
—¿Sí? Pues empiece V.
—¿Eh?
—Que puede V. empezar.
—No se oye con la lluvia.
—Que puede V. empezar cuando quiera.
—En primer lugar, tengo queja de V.
—¿Eh?
—Que tengo queja de V. por no haber querido darme una cita hasta hoy.
—¿Sí? Pues era porque no llovía.
—¿Eh?
—Que no se la he dado porque no llovía.
—¡Ya! Quería V. bautizar nuestro amor...
—¿Eh?
—Que quería V. bautizarme á mí...
—No señor, no es eso. Es que cuando llueve se recogen todos los vecinos, y hasta el sereno se esconde.
—¿Qué conde? (¡Oh Dios! ¡habrá algun conde en campaña? ¡Será su amante!)
—¿Eh?
—Que qué decía V.
—Que cuando llueve, es mas difícil que nos sorprendan hablando.
—Cierto que sí. ¡Bendita seas!
—Aunque yo lo siento por V. que está ahí en medio de la calle poniéndose como una sopa.
—¿La ropa? No importa que se manche. Por lo contrario, desde hoy descaré que llueva.

—Pues si llueve tanto como ahora, dejaré de salir, no le dé á usted un dolor de costado.
—Hija mia, mayor dolor será no ver á V.
—Muchas gracias.
—Además, ya estoy acostumbrado.
—¿Con que sí? ¡Quiere decir que V. me engaña? ¡Que todas las noches tiene V. citas? Haga V. el favor de no acordarse ya del santo de mi nombre.
—Pero óigame V. antes. Estoy acostumbrado, porque cuando iba á prácticas nos llovía casi todos los dias encima.
—Eso ya es otra cosa.
—Y por ver á V., soy yo capaz de sufrir el relente y el fresco y la lluvia, y la nieve, y la escarcha, y las pulmonias, y el sarrañon, y las iras del sereno, y las del vecindario todo, y el cólera, y la cólera de su mamá, y hasta el trancazo.
—¡Qué palabras tan dulces! ¡Ni la lluvia á los campos!
—Y bendita sea la lluvia, que me proporciona el sin igual placer de hablar á V.
—(Y á mí el de oírle.) ¡Bendita sea la lluvia bienhechora.
—Niña, ¿va V. sola y sin paraguas? Voy á tomarme la libertad de acompañarla con el mío.
—Muchas gracias, estoy ya cerca del taller.... Con que si V. no quiere incomodarse...
—¡Incomodarme yo, cuando acompaño á la niña mas bonita que se pasea por la calle del Carmen!...
—No sea V. guason.
—Yo no me guaseo cuando quiero de veras, y sepa V. que hace tiempo ando tras de V., y que aprovecho esta ocasion para decirle que es V. muy bonita.
—¡Jesús! ¡Qué galante ha amanecido hoy el día!
—Y que si V. quiere, tendrá V. en mí... un am...
—Vaya, abur. Este es el taller.
—Pero dígame V. cuándo podré verla.
—No sé. Aquí vengo todos los dias al taller. Hasta la vista.
Dicen que la lluvia hacia falta á los campos. La lluvia le ha traído la cosecha. Ha cogido un novio.
—¡Albricias, que ya llueve!
—¡Falta hacia!
—¡Y no llueve poco que digamos!
—Esto que cae ahora es moneditas de oro para los campos.
—¡Gracias á Dios! Con eso habrá pan para los pobres, y se remediarán tantas miserias.
—Sea Dios bendito, que se ha dignado concedernos la lluvia, y su siervo el glorioso San Isidro y la Santísima Virgen María, que han oído la súplica del pueblo de Madrid.
Moraleja: Nunca llueve á gusto de todos.
EL COLEGIAL.
LA COQUETA.
Ella es, la misma, con su mirada siempre provocativa, con su boca siempre sonriente.
Entre mil mirriñaques la distinguiréis á primera vista.
La coqueta tiene el corazon diferente del resto de las demás mujeres.
En lugar del amor, solo dá en él cabida al vacío.
Por eso no ama nunca; cuando mas, desea.
Con razon ha dicho no sé quien, que mujer que ama no es coqueta.
Contemplada bien.
¿No veis cuán prendada vá de sí misma?
Dirigidla vuestros ojos y os corresponderá á continencia; sonreída, y en el instante os pagará con creces vuestra galantería.
¡Infelices de vosotros si sois tan cándidos que os dejais castrar en la red de sus hechizos!

UN RECUERDO DE VIAJE.

Novios, no gozareis un rato de tranquilidad; casados, no os dais punto de reposo.

La vanidad es la pasión favorita de la coqueta, su confidente el tocador, su gran placer las reuniones.

Jamás la habéis de espumar un puñero, de remendar una camisa ó de añadir unos calcetines, porque se desmayaría.

Hablada de un paseo en el que pueda lucir una flor, de un teatro desde donde la sea fácil dirigir á diestro y siniestro los gemelos, ó de una *petite soirée* donde se baile, cante y represente, y en el acto la vereis saltar de contento; porque, eso sí, sabe lo bastante para hacer cuatro piruetas, destrozarse una melodía de Beethoven, ó ejecutar una comedia de Breton ó un drama de García Gutiérrez.

¿En qué se parece una coqueta al sol? En que está rodeada de estrellas.

Yo concebiría la existencia del planeta Saturno sin sus siete satélites y consabidos dos anillos opacos; yo llegaría hasta concebir la existencia de la tierra sin la luna, lo cual, después de todo, sería un bien para la literatura, pues nos evitaría no pocas elucidaciones en líneas desiguales, digo de esas que, originarias del cerebelo ó de la médula espinal, nos suelen propinar á guisa de ópico en periódicos, libros y reuniones de confianza ó desconfianza ciertos niños llorones con bigote; pero concebir la existencia de la coqueta sin una docena de oficialitos del ejército, de continuo dispuestos á girar en derredor de aquel astro de la inconstancia, sería una falta imperdonable.

Y se comprende.

La vida del militar es errante como el ave cinglo. Hoy en una ciudad, mañana en otra, su amor debe ser fugaz, transitorio, *coqueto*.

Con razón, pues, ha dicho Eugenio Pelletan, que de todos los amantes, siempre era un militar del que una coqueta podía sacar mejor partido.

A una conocía yo, Lolita se llamaba, vanidosa como todas ellas, inconstante como ninguna, la cual sostenía á la vez relaciones con tres militares y otros tantos paisanos.

Había sido novia mía durante dos horas, y me dispensaba alguna confianza.

—¿Cómo—la pregunté,—se atreve V. á promiscuar de esa manera?

Y una amiga suya, que estaba á su lado, me contestó quizá por envidia:

—Siempre perdices cansan; en la variedad está el gusto.

El mío hubiera sido ver casada á mi antigua novia, como á todas las que me han dispensado el honor de serlo; pero por desgracia, Lola, á pesar de haber cumplido ya los 29, no ha hallado aun un incauto que la quiera acompañar hasta la calle de la Pasa.

Probablemente será enterrada, como todas sus compañeras de glorias y fatigas, con palma.

Porque como de mil hombres, los novecientos noventa y nueve estamos convencidos de que la coqueta que de soltera martiriza al novio, de casada matará al marido procuramos evadir cualquier compromiso.

Tan cierto es que el pecado de la coquetería tiene, como todos, su expiación providencial, su castigo.

El dolor de la madre que pierde á su hijo más querido, el de la esposa honrada que ve desaparecer por siempre de su lado al hombre á quien idolatraba, no son de modo alguno comparables con el que experimenta la coqueta cuando el espejo la denuncia la primer arruga en su frente, la primera cana en sus cabellos.

En vano la infeliz llama, como nunca, en su ayuda al cold-cream y á los polvos de arroz, á la leche virginal y al agua de Barcelona, al vinagrillo de color y al de yema.

Semejantes potingues, ni cien toallas de Venus juntas son bastantes para contrarrestar los efectos de la naturaleza, para detener al tiempo en su curso.

¡Situación desconsoladora!

Aquella mujer, que ayer era la admiración de cuantos la miraban, no es ya la misma.

Háse extinguido el fuego en sus ojos, el brillo en su tez, la gracia en su sonrisa.

La desesperación la martiriza, la tristeza la consume y el silencio la cerca por do quiera.

Volubles como la mariposa, los que antes la cortejaban á porfía, han huido á girar en torno de otras flores más frescas, más lozanas, sin acordarse de la que por instantes se agosta, se marchita.

Entonces y solo entonces es cuando del fondo del corazón de la desventurada se eleva una voz, que sin cesar la grita:

—Amaste á quien no era digno de tí, desdeñaste á quien te hubiera hecho feliz y de ambos á dos te burlaste, sin comprender incauta que la belleza del cuerpo es fugaz, transitoria, como el vuelo de la golondrina, como la brisa de la primavera, mientras que la del alma, la virtud, es como Dios inmutable, eterna. Sufre, pues, tu justo castigo.

Y la Eva del infortunio llora.

Y sus lágrimas conmueven hasta á los ángeles del cielo.

Pero como nada hay tan fatal cual un hecho, sus ayes se pierden en las soledades del vacío.

Ved de qué modo la coquetería es una comedia que de ordinario suele terminar en tragedia.

¡Ojalá comprendieran esta verdad más de cuatro jóvenes ilusas, de esas que á un momento de insulsa vanidad sacrifican su porvenir, la felicidad de toda su vida!

¡Ojalá fuera posible que, ocultas bajo la mesa de un café, oyeran las conversaciones que inspiran á los mismos que poco antes quizá las galanteaban sin mesura!

¡Oh! de seguro que entonces no se hallaría una coqueta por un ojo de la cara.

La que continuara mereciendo semejante dictado, daría prueba de ser... lo que será la que, después de leer estas líneas, se procure emprender otro camino.

ABDON DE PAZ.

Ven, Bruna querida, ven, mi dulce niña, el sol se está escondiendo detrás de los empinados montes, las aves buscan con afán su nido, los ecos se extinguen poco á poco: ven, esta es la hora de las misteriosas confidencias, de la grata expansión del alma.

¡Oh, cuán suave es la luz del crepúsculo, cuán poético es el anochecer de una serena tarde de verano!

Sígueme á mi gabinetito, en donde las curiosas pasionarias, las atrevidas malvas reales, asoman su corola por entre los hierros del balcón, para venir á sorprender mi pensamiento; en donde revolotean las golondrinas, divirtiéndose con su graciosa charla.

Te he preparado una taza de leche, con que me ha brindado mi hermosa cabrita blanca, miel que han labrado mis abejas, y sonrosadas ciruelas, que ha dejado caer en mi falda ese viejo árbol que sombrea la puerta.

¿Ves cómo obra la naturaleza? ¡Por unas cuantas gotas de riego, por unos cuantos desvelos, me da en cambio frutos, perfumes y armonías!

Pero aun no lo sabes todo, te reservo por sorpresa una pequeña historia: una historia no, una anécdota: menos aun, un solo rasgo.

Acaba de contármelo un anciano que ha regresado ayer de sus viajes.

Yo soy la tímida espigadora de la literatura, Bruna, que va recogiendo aquí y allá el dorado fruto que dejan caer los segadores.

¡Oh! ¡Con qué anhelo lo recojo, porque es para vosotras, niñas mías, porque quiero formar una diadema de útiles espigas para vuestra frente!

Mientras saboreas mi frugal merienda, empiezo:

No sé si habrás oído hablar de un delicioso paraíso, en donde la industria y la naturaleza se dan de consuno la mano para ofrecer á los ojos sus más sorprendentes maravillas.

Es un frondosísimo valle, ó más bien un perfumado jardín, escondido entre montes que elevan su cima coronada de pinos hasta el cielo.

Nada falta allí; mar mugidor que ostenta sus verdosas y encespadas olas; roncadas cataratas que se despeñan en los abismos, ecos profundos que repiten sus lúgubres concertos.

Y armonizando con esta salvaje majestad hermosos vallecitos en donde las ramas doblemente entrelazadas, no dejan penetrar más que el reflejo de los rayos del sol; en donde de cada piedra brota un arroyo, y de cada gota de agua un ramillete de flores.

¡Oh, qué país tan hermoso! A cada cien pasos cambia el paisaje, y el viajero, como si consultase el mágico estereoscopio, á cada paisaje que descubre enmudece de asombro y de entusiasmo.

Todo el territorio está diseminado de graciosas alquerías, cuyas blancas paredes se asoman por entre el follaje, y la industria laboriosa ha secundado tan bien á la naturaleza, que no contenta con su espontánea feracidad, ha cubierto de árboles y viñedos hasta la cumbre de los montes más frugosos; y mientras sobre los picachos se ostentan las encinas y el olivo, crecen al borde de la playa el naranjo, el limonero, el granado y la morera.

En medio de este variado panorama, se eleva una graciosa villa.

Es Deva: Deva la coqueta, que se espeja en las tumultuosas olas del mar Cantábrico, y en las apacibles ondas del río que la ha dado su nombre.

Deva, la antigua Tricio Tubólco, de los geógrafos Tolomeo y Pomponio Mela, la perla de Guipúzcoa, que se enseñoa entre el cabo Machichaco y el de la Higuera.

Y así como su campo ofrece todos los matices, la población ofrece el cuadro de todas las industrias. Por un lado, los sacerdotes de Baco y de Ceres, que acarrear los ricos frutos arrancados al seno de la tierra; por otra pescadores, que llevan en grandes banastas los dorados pececillos. Aquí árboles que cimbrean su ramaje; allá blancas velas que revolotean al impulso de la brisa, y el alegre canto del agricultor, confundiendo con el melancólico del mariner. ¡Del mariner, que deja patria, familia y amigos, para fiar su vida á una frágil tabla! Dichoso el labrador, que nace, vive y muere á la sombra del mismo árbol!

Deva la pintoresca, es uno de los puntos de reunión para las gentes de buen tono, desde que el buen tono manda que imitemos cada verano á los israelitas, teniendo siempre empuñado el bastón de viaje.

Hace dos meses llegó allí un joven irlandés, que se había educado en la sombría Inglaterra; parecía un verdadero hijo de Albion, por su aristocrática figura, su rostro pálido y su constante spleen.

Era inmensamente rico, y decíase que hastiado de los placeres de la vida, iba en busca de una mujer con quien casarse, y distraer por este medio el tedio que le consumía.

Cuando llegó á Deva, había ya dado la vuelta al mundo sin haberla hallado.

Esta noticia puso en conmoción á todas las bañistas, y las había muy bellas, y cada una pensó en concurrir al certamen, ansiosa de alcanzar el triunfo. La coquetería preparó sus vastos arsenales de flores, lazos y encajes, de encantos misteriosos, miradas ardientes é irresistibles sonrisas.

Pero muy negro debía ser el spleen que devoraba al extranjero, cuando no consiguieron vencerlo las graciosas españolas.

Todo fué inútil: su corazón era tan invulnerable como el cuerpo de Aquiles; y ninguna supo descubrir la parte débil á la cual debía asestar sus flechas.

Pasáronse muchos días. La indiferencia de Carlos crecía, el extranjero se llamaba Carlos; crecía al par que el despecho de aquellas hermosas damas.

Carlos había creído hallar su salvación en España, porque en ninguna parte había visto un cielo más hermoso ni mujeres

mas seductoras, y desesperando ya de alcanzar el remedio apetecido, empezó á pensar en aquella desposada, siempre fiel, siempre pronta á nuestro llamamiento... Empezó á pensar en la muerte, que todo lo termina...

Por las tardes, lejos de concurrir á las alegres partidas de campo, vagaba por las orillas del mar, atraídas irresistiblemente sus miradas por aquel lecho verdoso, cuyas olas se arremolinaban á sus pies como si le invitasen á seguirlas hasta su profundo abismo.

Una tarde estaba más abatido que nunca. Blancas nubes velaban la faz del sol, y aquel cielo ceniciento le recordaba el cielo de su adoptiva patria.

Subió á lo alto de un otero, sentóse sobre una roca, y empezó á contemplar las bulliciosas ondas, que dejaban escapar sus murmullos tristes y quejumbrosos, tan tristes como su alma.

—Una limosna por amor de Dios, dijo de repente á su lado una voz casi infantil.

Carlos sacó del bolsillo una moneda sin mirarla, y se la alargó á la mendiga.

Esta murmuró una ardiente bendición, y prosiguió su camino.

Descendía la cuesta, y cuando llegó á la mitad, se encontró con otra mendiga que la subía, apoyándose trabajosamente en dos muletas.

Era tal el silencio que reinaba en derredor, que Carlos pudo oír el siguiente diálogo que se entabló entre ambas.

—Buenas tardes, Inés, dijo la primera.

—Buenas tardes, Cecilia, respondió la otra.

—Ha recogido V. algo hoy?

—¡Casi nada! Dos cuartos! ¡Un panecillo que repartir entre cuatro chiquitines!

—¡Pobrecitos! ¡Pues yo sí! Un buen señor, que Dios premia, acaba de darme una monedita de plata... ¡Creo que es un real!... Inés, tómela V. para sus hijitos, y deme V. los dos cuartos, para que yo pueda comprar un panecillo!

—Muchacha, ¿qué dices?

—¡Tóme V. Inés, tome V.! Si tuviese más, más le daría ¡pero soy tan pobre!...

—¡Que Dios te lo pague, hija!

Ambas se separaron y siguieron su distinta senda.

Carlos sintió arrasarse de lágrimas sus ojos: aquel corazón insensible que él creía muerto, palpó embriagado por una sensación dulce, suave, casi desconocida.

Bajó precipitadamente del otero, sin darse razón de lo que le pasaba ni de lo que sentía.

Cuando logró alcanzar á Cecilia, ésta subía ya las gradas de una ermita, cubierta de follaje.

Era casi una niña.

Debajo de sus harapos se dibujaba un talle delicado; sus cabellos negros servían de marco á un rostro lleno de vivacidad y gracia.

—¡Oh, Dios mío! exclamó con angustia al verle: ¿es que se ha equivocado V. al darme la limosna!...

Y le tendía con mano trémula los dos cuartos.

Carlos la hizo un ademán negativo, y la preguntó lleno de emoción.

—¿Vive V. de la caridad pública?

—No siempre, respondió la niña ruborizándose; cuando es el tiempo de la recolección, espigo y ayudo á los vendimiadores durante la vendimia... Cuando no hallo en qué ocuparme, pido limosna á las almas caritativas...

—¿No tiene V. padres?

—¡Murieron cuando yo era muy pequeña!

—¿No tiene V. á nadie que la ampare?

La niña señaló la efigie de la Virgen milagrosa, esculpida en la puerta de la ermita.

—Pero en fin, prosiguió Carlos, ¿no tiene V. á nadie á quien amar?

—¡Oh, sí, sí, exclamó Cecilia con entusiasmo, á Dios y á los pobres, mis hermanos! Quiero también á los pajarillos que cantan entre los árboles, á las flores que se balancean cuando yo paso y me saludan, á las olas del mar que bañan el cementerio en donde reposan mis padres!

—¿Querria V. casarse? preguntó Carlos interrumpiéndola bruscamente.

La niña se puso encendida como una amapola, y no respondió.

—¿Querria V. casarse conmigo? balbuceó Carlos, respirando apenas, y amarme como ama V. á Dios, á los pobres, á los pájaros y á las flores?

Cecilia se tambaleó como si experimentase un vértigo, luego fijó sus ojos negros en los ojos azules de Carlos, y por último corrió á arrodillarse ante la efigie de la Virgen, y exclamó entre sollozos:

—¡Madre, madre mía, ya que me envías un esposo, haz que le haga tan feliz como tú haces felices á todos los que te aman!

Aun no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se presentó en el dintel de la puerta de la ermita el santo sacerdote que habitaba en ella.

Era un anciano venerable.

Cuando Carlos le hubo dicho algunas palabras, cogió á los dos jóvenes de las manos, y los tres entraron en la ermita.

Y los pájaros prorumpieron en gorgoros, y las flores exhalaban sus perfumes, y las ondas trocaron sus quejas en plácidos murmullos, como si toda la naturaleza celebrase el enlace de aquellas puras almas.

Al día siguiente, cuando Carlos se presentó en el círculo aristocrático, dando el brazo á su nueva esposa, magníficamente ataviada, las damas lanzaron un grito de sorpresa al reconocer á la mendiga.

Cuenta el anciano, Bruna, que todas celebraron un consejo, resolvieron relegar al olvido el inútil arsenal de su coquetería, y de allí en adelante proveerse de candor y de bondad, únicos adornos que sientan bien á los rostros femeniles.

ANGELA GRASSI.

LOS GATOS.

(Por Champfleury.)

(Continuación.)

Los gatos ante la ley.

De los gatos se ocupan constantemente en graves asuntos jurídicos de testamentos, de interpretación de leyes, de interdicción y de asesinato. Puede decirse que de todos los animales, es el que mas ocupa el espíritu del foro, del tribunal civil y la policía correccional.

Entonces se deja ver la afición profunda de los gatos, que proviene de una independencia y de una libertad que no sienta nunca el perro.

Se acusará sin duda á los célibes y solteronas, á los empleados, á todos los de humilde condición, que inspiran un mediano interés. Sin embargo, me sería fácil abrir un paréntesis favorable á la solterona aprisionada en la concha del celibato, á quien la falta de dote ha impedido ocupar un puesto en la sociedad; la pobreza la ha hecho tímida, la timidez la ha sumergido en el aislamiento, y una vez perdida toda ilusión, sin esperanza de familia, de esposo ni de hijos, ha puesto todos sus afectos en un gato, su único amigo. Por poco que el animal conteste á sus obsequios por medio de una caricia, de una mirada, de un ronron, la solterona olvida las tristezas de su soledad, ya no está sola en el mundo.

Pero el gato no inspira únicamente estos afectos á la mayor parte. Citaremos como un ejemplo el que lord Chesterfield dejó una pensión á sus gatos y sus descendientes.

De la misma manera en Francia se dejaron á los gatos gran número de legados célebres ante notarios; disposiciones las mas veces atacadas por herederos codiciosos que llegan hasta querer cohibir la voluntad de los testadores.

En verdad los procesos de interdicción revelan multitud de rarezas. Allí se ven claramente las grandes miserias de la humanidad, las capacidades bien equilibradas; pero también cuánta rapacidad, cuán poco respeto á la familia en estos debates, por amor al dinero, por la intención de desembarazarse de parientes ancianos, apelando á la justicia, para declarar y comprobar su demencia.

Voy á hablar de un proceso que hizo mucho ruido hace algunos años. La demanda de interdicción de un hermano contra su hermana, porque habia hecho engazar un diente de su gato muerto, lo cual, según el demandante, constituía un acto de demencia y de imbecilidad.

M. Crémieux defendía á la amiga de los gatos, y su defensa vale la pena de ser citada.

«Vosotros magistrados, vosotros abogados, exclamaba, en esas grandes glorias que nos son comunes olvidaremos á Antonio Lemaitre, una de nuestras celebridades? Retirado en Puerto Real, cuando con sus dos tíos tan célebres como él, habia durante algunas horas hablado de las cuestiones mas palpitantes de actualidad, se entretenía al entrar cada noche en su casa, en jugar con sus dos gatos, cuya sociedad le era querida, y á los cuales dirigía las primeras palabras al despertar, las últimas al acostarse.

«El último gran duque de Rusia mandó hacer por un gran pintor el retrato de su gato, y la biblioteca imperial lo enseña á

los visitantes en medio de las maravillas que la hacen célebre.

«En nuestra sociedad puedo citaros una señora llamada Seguiere. No hace mucho ha cuidado afectuosamente, perdido y mandado enterrar una gata á la cual quería entrañablemente. Sus hijos, que saben cuánto vale como madre y como mujer, no han creído deber oponerse.

«El nombre del general Houdaille ha llegado hasta vosotros: valiente con su espada, habiendo conquistado con ella el grado de general de artillería, ha conservado hasta morir una verdadera ternura por los gatos; tenia tres de ellos, siempre en su compañía, dentro de su habitación de soltero. Viéndose obligado á conducir de Tolosa á Metz el regimiento cuyo coronel era, volvió él mismo á Tolosa á coger sus gatos para conducirlos á la nueva guarnición.»

Si del tribunal civil pasamos á los jueces de paz, se verá cuántos peligros corre el gato doméstico, no protegiéndole la ley lo bastante; á la menor escapada nocturna, es muerto por los traperos, que no lo venden á los mangüiteros para hacer gorras de pelo como se cree, sino que hacen un gran comercio con los fabricantes de juguetes.

He visitado en otro tiempo, en las orillas del Brieva, un establecimiento consagrado á las transformaciones del gato; y como yo trasladase á los primeros capítulos de la *Mascarada de la Vida Parisiense*, el vivo recuerdo que de él conservaba; no faltaron ingenios preclaros que me asonaron en los periódicos, algunos de ellos con gracia, por haber tocado muy de cerca la realidad.

No insistiré mas sobre esto, trayendo á la memoria el medio de que se sirven los cazadores de gatos para atraer á estos animales, es decir, la valeriana con que necesitan impregnar los sitios en que aquellos suelen cometer sus desafueros.

Estos cazadores juegan bajo el peso de la ley?

En 1865, tuvo lugar en el juzgado de paz de Fontainebleau, un juicio cuyos detalles que llamaron mucho la atención, debemos consignar aquí.

Un vecino de la ciudad, descontento de ver retozar á los gatos de la vecindad en los cuadros de su jardín, puso tantos lazos que cazó lo menos 15 de estos animales, que desaparecieron para siempre, dejando una historia sangrienta en una ciudad de costumbres pacíficas.

Los vecinos de este bárbaro propietario, se reunieron para atacarle judicialmente. Entonces el juez de paz, cuyo nombre debe ser citado, Mr. Richard, dictó una sentencia ampliamente razonada, en la cual se exponían con una gravedad que produjo la hilaridad, la naturaleza y costumbres de los gatos. Los principios de derecho y los textos legislativos, á juicio mio, con bien poco acierto.

En estos considerandos, se decía:

«Que la ley no permite tomarse la justicia por su mano.

«Que el art. 479 del Código penal y el 1335 del Código Napoleón, reconocen varias especies de gatos, sobre todo el gato salvaje, animal dañino, por la destrucción del cual se concede una prima; pero que el gato doméstico no tenia nada que ver bajo este punto de vista á los ojos del legislador.

«Que no siendo el gato doméstico *res nullius*, sino propiedad de un dueño, debe ser protegido por la ley.

«Que siendo el gato de una utilidad incontestable respecto de los animales roedores, la equidad ordena tener indulgencia con un animal tolerado por la ley.

«Que aun siendo el gato doméstico, en cierto modo, una naturaleza mixta, esto es, un animal siempre algo salvaje, debe

siempre con su rosario de grandes cuentas en la mano!.. Como mi alcoba cae encima de la suya, por las noches le oía llorar amargamente... Pues señor, ¿qué habrá aquí? pensaba yo, llena de curiosidad. En la vecindad se dijo que Clara habia muerto en los baños, adonde habia ido para restablecer su salud. Y en verdad que Ursula y el señor Anselmo habian vestido de luto. ¡Pero no se llora tanto porque Dios se lleve lo que es suyo! Yo estaba cierta de que en todo aquello habia algun misterio, y así andaba de lista, atisbando aquí, atisbando allí, abriendo agujeritos en el suelo de la alcoba, de la cocina, para ver lo que pasaba abajo...

—¿Está ahí?... ¡Por Dios, que ahora no me oiga! ¡Avisa, Petra! ¡Hablaré bajito,—añadió dirigiéndose á la nodriza.—¡Ya se lo contarás tú á las de arriba!

Pues una noche... Era una noche de invierno, y hacia un aire que se bambolean las paredes, y en la calle se apagaban todos los faroles... El señor Anselmo estaba imposibilitado como ahora... Empezó por no poder salir á misa, y acabó por no poder abandonar la vieja poltrona de cuero en que está sentado, con la barba casi apoyada en las rodillas, y sin tener agilidad mas que en los dedos para pasar las cuentas del rosario.

Serian ya las once, cuando oí que daban un aldabonazo á su puerta. No tuve pereza: salté de la cama, me envolví en una manta, y me asomé al balcón... ¡Justo y cabal! Era en su casa en donde llamaban, y lo que mas me sorprendió fué que la que llamaba era una mujer.

Aunque silbaba el viento, y aunque le dió la idea de cantar á la lejos al bendito sereno, sin embargo, oí que decía distintamente:

—¡Clara!

—¿No habia muerto? exclamó la nodriza.

—¡Calla, beba, no era ella! Ya os he dicho que habia abierto agujeritos en todas partes, y asomé un ojo al que daba sobre la tienda.

¡Hijas! ¡Cómo me quedaria al conocer á una gran señora, á una de mis mejores parroquianas, con la que hago magníficos negocios, pues se causa de sus vestidos apenas los lleva un par de veces, y me los da en cambio de cualquiera chuchería que no vale nada...

Al verla allí, me acordé de que yo misma la habia contado la historia de Clara, y el misterio con que Ursula rodeaba su muerte ó su existencia. Recordé también que me habia hecho muchas preguntas; pero como yo soy curiosa, encuentro natural que lo sean los otros.

¡Si vierais qué escena pasó allí!.. Yo no sé lo que se di-

permanecer tal, por razon de su destino, si se quiere que pueda prestar los servicios que deben esperarse de él.

«Que si la ley de 1790, título 11, art. 12, *in fine*, permite matar las aves, la asimilación de los gatos con aquellas es casi inexacta, puesto que las aves están destinadas tarde ó temprano á ser sacrificadas y pueden ser custodiadas de cualquier modo en un sitio completamente cerrado, mientras que no podría decirse otro tanto del gato, ni guardarlo bajo cerrojos, si se quiere que obedezca á la ley de su naturaleza.

«Que el pretendido derecho de matar en ciertas ocasiones al perro, animal peligroso, y pronto al ataque sin estar rabioso, no puede proporcionar como consecuencia el derecho de matar á un gato, animal pronto á huir y que seguramente no es temible.

«Que nada en la ley autoriza á los ciudadanos á tender lazos, exponiéndose á sacrificar igualmente los gatos inocentes de un barrio, que los gatos culpables.

«Que ninguno debe hacer en la propiedad ajena, lo que no quisiera que otro hiciera en la suya.

«Que siendo los bienes, según el artículo 516 del Código Napoleón, muebles ó inmuebles, resulta que el gato, en contradicción con el art. 128 del mismo Código, es sin disputa un mueble protegido por la ley, asistiendo en su consecuencia á los propietarios de los animales destruidos, el derecho de reclamar la aplicación del art. 469, párrafo 1.º del Código penal que castiga á los que voluntariamente hayan causado daño en la propiedad moviliaria ajena.»

Tales eran los principales considerandos del juez de paz Richard, los cuales debieron hacer saltar de alegría el corazón de los miembros de la sociedad protectora de los animales.

Estos considerandos, que deberian formar ley en la materia, fueron atacados mas tarde, ante otra jurisdicción, la del tribunal correccional. Tengo el sentimiento de decir que una cruel máxima de Mr. Jousenel (jamás encuentro un gato sin hacerle el honor de fusilarle) citada por el abogado, halló eco en los jueces.

Por lo tanto, la dulzura en el tratamiento de los animales, es un indicio de civilización. El mostrarse humano con ellos es dar prueba de humanidad con el prójimo. Y Montaigne hacia de un animal un ser mas allegado al hombre que lo que podrá creerse.

(Continuará.)

CASCABELES.

«El Director de EL CASCABEL, se halla enfermo hace ocho dias, por lo cual, no se ha podido continuar en este número la inserción de sus artículos; esperamos continuarla en uno de los próximos.

En el año 1865, por los primeros meses del cólera, salió á luz un número de EL CASCABEL, en el cual habia un artículo cuyo título era: «Los Enamorados» y por cierto que era lo que habia que leer; pero esto no es extraño, porque era de *El Colegial*, y cosa que sale de su pluma, no hay mas que pedir.»

Esto que copiamos para satisfacción de nuestro querido amigo, nos lo escribe D. Manuel Duarte, de Valencia, pidiéndonos al mismo tiempo que le remitamos el citado número.

rian; lo que puedo asegurar es que la señora amenazaba y Ursula suplicaba. ¡Eso sí, y con qué sollozos! Pero de pronto se trocaron los papeles: Ursula se enderezó... ¡Parecia haber crecido un palmo! Se enderezó, y señaló á la otra la puerta con tal imperio, que yo misma me sentí sobrecogida.

Pero la señora no se inmutó en lo mas mínimo: se sentó en una silla, y habló largo rato.

Yo veía á la pobre Ursula retorcerse las manos, arrancarse el cabello... ¡Daba lástima el verla!.. Por último, sacó del mostrador una bolsita de seda y la puso en las manos de la señora. Después se volvió hácia la Virgen que, como sabeis, hay en la tienda, y pareció apelar á su justicia.

Previ que la señora se marcharía... Me vestí apresuradamente, abrí la puerta de la escalera y me estuve queda.

Al poco rato la vi salir, en efecto, de la tienda.

—¡Ande V. con Dios,—la dijo Ursula, y que él la tome en cuenta su vileza. ¡No vuelva á turbar la paz de un moribundo! ¡Pobre amo, pobre amo mio! ¡Que él muera al menos sin saberlo!..

—¿De qué se trataría?

—Seguí á la señora, que se marchó sola, hasta su propia casa. No me habia equivocado: era la misma.

—¿Y qué colige V. de todo esto?—exclamó la impaciente nodriza?

—¡No he trabajado yo poco por saberlo! La señora no vino una sola vez: vino otras muchas, y la última trajo y enseñó á Ursula una cartera verde... Pues bien: como yo entro á todas horas en casa de la señora, y como entro con cien ojos, siempre á caza del misterio, un dia atisé la cartera verde en el fondo de un pequeño pupitre. Lo mas fácil del mundo era aprovechar una distracción y apoderarme de ella.

—Ursula,—la dije una mañana á esta, al salir de misa,—¿qué me daría V. si yo echase el garfio á cierta cartera verde, y la pusiera entre sus manos? ¡Su amo de V. es muy rico, y yo soy muy pobre!

¡Me parece que estaba en mi derecho al especular sobre el secreto, supuesto que especulaba sobre él toda una señora!

—¡Pues, y el sermón que nos ha echado V. antes sobre la ambición y el lujo? exclamó una vecina.

—¡Mira esto!—dijo la vieja, sacando al sol los andrajos de que estaba cubierta.—¿Se me puede acusar á mí de gastar lujo?

—Lo cual quiere decir, repuso la vecina,—que la ambición es mala siempre, sea que se vista de oro, ó que quiera guardarlo en los arcones.

(Se continuará.)

EL LUJO.

NOVELA DE COSTUMBRES

ORIGINAL DE

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

(Continuación.)

Pronto Clara, que así se llamaba la mujer, se puso muy triste, muy triste y cabizbaja. Yo, como soy lista, adiviné al instante la causa de su tristeza, viéndola pasar horas y horas delante del tocador, procurando ponerse los peinados de moda, y andando á caza de figurines para arreglarse los vestidos. Ursula la daba gusto en todo, y trabajaba dia y noche para comprarla algunas cosillas á escondidas de su amo. Ursula es una encajera primorosa, la mejor que hay en Madrid, y gana lo que quiere.

Como yo ejercia ya entonces mi oficio de prendera, venia á mí para comprarme, ya el velo, ya las mangas, ya otras mil chucherías, que yo le daba baratas, y que eran para Clara un verdadero tesoro.

En esto, se murió la madre del señor Anselmo, y él tuvo que ir á la tierra.

Al instante Clara arrinconó sus vestidos viejos, se hizo otros nuevos, salió, entró, yendo á los bailes y al teatro, y no volviendo á su casa hasta las doce de la noche, á pie algunas veces y muchas en coche.

Ursula lloraba y la reñía, augurando muy mal de todo aquello, y yo también; pero Clara no hacia caso...

Cuando menos lo pensaban, volvió el señor Anselmo de la tierra, y la paloma tuvo que dejar de volar y volver al nido... pero el nido quedó muy pronto vacío... ¡Se pasaron dias y dias sin verla!.. ¡Yo tenia una curiosidad muy grande por saber lo que habia sucedido! ¡No era fácil!.. El señor Anselmo ya no salia del rincón de su tienda; Ursula ya no hablaba con nadie. Se mudaron aquí, como si aquella casa los embistiera... y yo también me mudé.

Despidieron á los dependientes, la tienda fué estando mal surtida, y perdieron los parroquianos...

¡El señor Anselmo parecia que se alegraba de esto! ¡Si le hubierais visto sentado en el rincón mas oscuro de su tienda,

Tenemos el sentimiento de manifestar á nuestro apreciable suscriptor, que habiéndose agotado aquel número, no tenemos sino algunos ejemplares en colección. Sin embargo, los buscaremos por todas partes, y haremos cuanto esté en nuestra mano por complacerle.

Durante la última cortida de toros, en uno de los pinchazos que Frascuelo dió al tercer toro, saltó el estoque al tendido número 1, y afortunadamente solo produjo una ligera herida á un espectador, cuando el publico llegó á temer que ocurriese alguna desgracia mayor, como en efecto pudo haber sucedido.

Si la de-gracia mayor hubiera ocurrido, y si hubiera resultado muerto algun espectador, no hubieran faltado ahora declamaciones por los periódicos contra las corridas de toros.

Pero no ha sucedido... y siguen las corridas como si tal cosa, hasta que suceda. Y luego vuelta á lo mismo, que afición á los toros y figura, hasta la sepultura.

La compañía francesa ha principiado sus representaciones en el teatro de Variedades.

La deseamos más suerte que á la anterior.

A propósito de los individuos que la forman, dice un periódico, que madama Donatien, es digna compañera de su esposo. ¿Y quien ha osado negarlo?

Dice *El Diario Español*, que por ahora suspende la publicación de artículos de fondo políticos, y que copiará los que traigan los demás periódicos.

Recomendamos á nuestros lectores el anuncio de los depósitos de cok del Sr. Diaz, pues por la gran rebaja que hace en los precios clases superiores de sus carbones y exactitud con que da el peso, le auguramos una gran venta.

Habla el *Diario Popular* de Lisboa de una niña que ha echado seis dientes, ó mas bien, que ha echado, le han nacido seis dienteitos y tiene 80 años de edad.

Suponemos que á los 800 le saldrá la muela del juicio.

Dice un anuncio:

«En lugar de una onza por el hallazgo de un reloj de señora, que insertamos en nuestro número de ayer, son dos onzas, etc.»

Ese modo de anunciar y excitar al afortunado mortal que lo haya encontrado á que lo presente, tiene grandes inconvenientes.

Porque él dirá:

«De ayer á hoy han aumentado una onza; si me espero á mañana, tal vez aumentarán otra onza; si me espero dos dias, percibiré dos onzas mas....»

Y así se estará sin presentar el reloj por los siglos de los siglos

Los que anuncian medicamentos, pildoras, polvos, elixires, bálsamos, inyecciones, pastas, etc., etc., etc., suelen publicar tambien cartas y documentos muy graciosos.

Hay un anuncio de elixir para los que padecen de la boca, que publica una carta, que dice le dirigen al expendedor, en la cual leemos:

«No deje V. de encomiar el uso de dicho elixir.... Mi dentadura, antes malísima, y la de dos hijas (muy señoras mías: ¡la dentadura que les sirve á las dos!) que desde pequeñas les habré hecho padecer mucho (¡pobrecitas!), están inmejorables, (¡me alegro mucho!) á beneficio del uso (¡tambien tienen beneficio los usos!) de su maravilloso (¡qué entusiasmo!) elixir, de suerte que le doy la seguridad de que toda la familia (hasta el gato) no dejaremos nunca de enjuagarnos con él.» Y luego, habla de mostrarle su agradecimiento además de 120 rs. que le envía por el maravilloso elixir.

¡Qué generoso, qué entusiasta nos parece el que dirige esa carta!

NOTA. No la firma. ¡Malo!

¿Será el inventor mismo el que ha escrito el anuncio, el que la ha escrito?

Cualquiera lo acierta.

¡Oh fuerza del bombo á lo que obligas!

Y luego dirán que no hay ya profetas. Vean Vds. lo que decía un periódico el domingo.

«Continúa el sol derramando su espléndida luz sin que le empañe la mas pequeña nubecilla.

»El sol nos dice que la atmósfera no está para llover.»

El mismo dia ha caído tanta agua en Madrid, que hemos creído ahogarnos.

Hechos de esta clase no admiten comentarios.

Varios vecinos del barrio de Argüelles han elevado una queja al señor marqués de Villamagna, por el perjuicio que les acarrea los disparos de cañon que se están haciendo en la Montaña del Principe Pio, y que han sido causa de la rotura de los cristales de las casas próximas.

Nos consta que el suscriptor de *La Epoca* que propuso echar un remiendo á nuestro idioma, adoptando *declararse en huelga y burguesía*, está que no cabe de contento en e pellejo, desde que los periódicos han dado en hablar de la *huelga*.

Esa palabrita puede ser que se quede al fin, pero lo que es la *burguesía*, se queda de seguro decomisada.

CHARADITA.

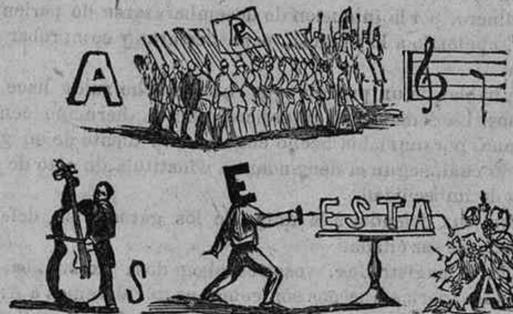
La primera repetida quita el sueño á los papás, cuarta con segunda, lo hace el que es vago de orden real. Tercia y prima no quisiera que me tocara jamás, la cuarta accion significa de aquel que quieto no está. El todo se ha celebrado poco há en esta capital, y ópimos frutos ha dado, lector, esa es la verdad.

Dice la *Reforma* que debía de haberse aprovechado el desgraciado accidente acaecido al general Narvaez, para imprimir una marcha mas liberal á la política del gobierno, y que respecto de este ministerio, se encuentra en actitud idéntica á la que ocupaba con el anterior.

Lo mismo le pasa á EL CASCABEL.

Afirma un periódico que el Sr. Gonzalez Brabo, en los momentos que le dejan libre sus muchas ocupaciones, está escribiendo unas *Memorias* sobre su vida. Intimamente mezclado á cuantos sucesos importantes han tenido lugar en España desde 1840, este libro tendrá un vivísimo interes.»

GEROGLIFICO.



INTERESANTE.

El que tuvo á su cargo por espacio de 30 años la pastelería de Puerta Terrada, se ha trasladado á la Cava Baja, núm 2 pastelería de San Antonio, donde ofrece servir á sus favorecedores con la puntualidad y esmero que tiene acreditado.

Se necesita un regente para una botica establecida en un pueblo de Castilla la Vieja. En la farmacia del Sr. Giron, Leon, 13, darán razon.

Depósitos de Cok de Gas á 13 reales quintal llevando 25 quintales á 12 y 1/2 id., garantizando la calidad y el peso, Tahona de las Descalzas, núm. 6, esquina á la de Capellanes y Farmacia, 1.

DOLOR DE ESTOMAGO.

Entre las infinitas enfermedades que aquejan á la humanidad, el dolor de estómago es sin duda la que descueula en primer término, especialmente en algunos puntos de España, donde las aguas ó los alimentos propios de ciertas localidades originan esta dolencia y llegan á hacerla crónica, sin que los remedios empleados hasta el día hayan sido capaces de mitigar sus irresistibles ataques. Hoy ha llegado á descubrirse el *Antídoto estomacal*, con cuyo método uso desaparece por completo esta dolencia sin que deje el menor rastro de haberla padecido, aun en las personas mas atacadas por tan funesta enfermedad.

Único depósito donde se expenden botellas de este excelente medicamento: Laboratorio químico y oficina de farmacia del Sr. Sanchez Ocaña, calle del Principe, núm. 13, Madrid.

LA PASION DE JESUS.

CON UN SACRIFICIO POR DON FAUSTINO JOUVE. Dedicada

AL ITMO. SR. OBIPO AUXILIAR DE MADRID.

Un tomito en 8.º prolongado, excelente papel, esmerada impresion, y enriquecida con innumerables indulgencias.

Se halla de venta en la Administracion de este periódico, á 6 rs. en Madrid, y 6 y medio en provincias.

CUADROS AL FRESCO

POR CECILIO NAVARRO.

Este precioso libro, una de las mejores producciones que ha dado á luz su fecundo autor, y que consta de 464 páginas, ilustrado con 39 grabados intercalados en el texto, se halla de venta en la Administracion de EL CASCABEL, Hileras, 4, bajo, al infimo precio de 6 rs. en Madrid y 8 para provincias, á las cuales se remitirá enviando á dicha Administracion el importe en sellos de Correos ó en libranzas del Giro Mútuo.

TRASPASO

de una FOTOGRAFIA con todos sus enseres. Es de las mas acreditadas, en muy buen sitio y con condiciones ventajosísimas. Si el que la tome no sabe, se le enseña. Darán razon kiosco de la Puerta del Sol, esquina á la calle de la Montera.

ALMACEN DE MUEBLES.

OBRADOR DE EBANISTA Y TAPICERÍA.

PLAZUELA DE CELENQUE, NUM. 2.

GRAN BARATO. Sillones de chimenea á 115 rs., de gabinete á 120, giratorios á 120, labor á 110, nogal, á 90, sillas con muelles á 40, escaños y marquesas á 220, silleras con sillones de damasco de lana á 1,000, con tela de reps á 1,280, sillas de rejilla francesas á 30, mecedoras á 120. Buen surtido de sillas de Viena, veladores, maqueados, armarios de luna, mesaministro, comedores completos de caoba y nogal, silleras de palo santo, caoba y nogal, y toda clase de muebles. Tambien se remite á provincias cuantos pedidos se hagan.

INTERESANTE.

COMODIDAD PÚBLICA.

Se hace toda clase de coches para niños é imposibilitados, habiendo ademas un gran surtido de los mismos, hechos de todas clases y tamaños, á precios sumamente arreglados. Tambien se hace todo género de muebles de mimbres, en la gran fábrica de cestas, calle Mayor, núm. 52, esquina á la de Bordadores.

CHOCOLATES

FABRICADOS EN EL MOLINO PLAZA DE CHAMBERI, NÚM. 2.

Se expenden en la calle de la Montera, núm. 22, tienda de sillas (puertas verdes.) Chocolate de familias, clase especial, cual ninguno, igual en precio, á 4 y 5 rs. libra, como pueden probar las personas que consuman dicha clase.

ARCHIVOS DE LA MEDICINA ESPAÑOLA.

Revista Médica quincenal, publicada bajo la direccion de los doctores LETAMENDI Y CASAS, y especialmente destinada á difundir entre el público las sanas nociones de medicina indispensables á toda persona de mediana instruccion.

Abono anual 48 rs. que podrán enviarse en sellos á D. Domingo Pous, plaza de Sta. Ana, núm. 8, Barcelona, (Establecimiento Dinamoterápico.)

SOCIEDAD GENERAL

DE TRASPORTES MARITIMOS POR VAPOR

SERVICIO NACIONAL.

Línea de Marsella á Gibraltar, Santa Cruz de Tenerife, San Vicente Fernambuco, Bahía, Rio Janeiro, Santos, Montevideo y Buenos Aires.

Saldrá de Gibraltar el 19 de Mayo el vapor

PICARDIE.

Admite pasajeros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, y mercancías. Pasaje de 3.ª clase de Gibraltar á Montevideo y Buenos Aires, 1,270 rs. Acúdase en Alicante y Cádiz á los señores A. Lopez y Compañía, y á sus correspondientes. En Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

EXTRACTO DE CARNE LIEBIG.

DOS MEDALLAS DE ORO EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867. Reconocido y aprobado por la *Excma. Junta de Sanidad* de la provincia.

Solo analizado y garantizado por su inventor el célebre baron de Liebig. Una libra de *Extracto* equivale á 43 libras de carne, y basta para preparar 180 tazas de excelente caldo ó muy buena sopa. Aumenta la fuerza de los manjares, y les da mejor color, sabor y aroma. Disuelto en vino, constituye un fortificante sin igual. De gran recurso y utilidad para las familias, los viajeros, la marina, el ejército, las casas de socorro y beneficencia, los colegios y hospitales: comfortable enérgico para los niños, personas débiles y convalecientes. Muy necesario en hoteles y restaurants.

CUIDADO DE LAS FALSIFICACIONES.

El verdadero *Extracto Liebig* se distingue de los demás por las nobles garantías que ofrece por su autoría, y por la firma que lleva del mismo Liebig. No cabe elaboración mejor, sabor mas agradable, producto mas puro y nutritivo.

Depósito general, calle de la Cruz, 12, pral.—Madrid.

Se venden en las principales boticas y almacenes de ultramarinos.

Bote de una libra, 79 rs.; de media libra, 42; de cuarteron, 22; de dos onzas, 11-50

Cada bote está acompañado del modo de usarlo.

COLEGIO HISPANO INTERNACIONAL.

PRIMERO Y ÚNICO DE SU CLASE EN EUROPA, FUNDADO POR SU DIRECTOR DON ANDRES DINELLI Y APARICIO, MADRID, CALLE DEL BARCO, NÚM. 9, DUPLICADO.

Vigilancia enérgica, método especial para adquirir hábitos poderosos de virtud amor al estudio. Buenos profesores en todos ramos. Periódico, teatro, gimnasio y sala de armas para favorecer el desarrollo intelectual y físico por medio del recreo. Viajes al extranjero para perfeccionar los idiomas é ilustrarse en los usos y costumbres de otras naciones.—Premios: dispensa del pago de la pensión al agraciado, nombrándole profesor con sueldo de 1.000 á 7.000 rs., manutencion y casa. Tal es el programa del establecimiento. Se admiten internos en cualquier época. Estudios que pueden seguirse en el colegio: Instruccion primaria elemental y superior, filosofía, carreras especiales, (preparacion), leyes, medicina, farmacia, teología, ciencias, letras, administracion, etc., etc. Idiomas, música vocal é instrumental, dibujo y pintura en toda su extension, declamacion, esgrima, gimnasia, baile, equitacion, natacion, etc., etc. Para precios y antecedentes, dirigirse verbalmente ó por escrito al director, Barco, 9, duplicado, Madrid.

Acreditada galería fotográfica de Quintán Toledo, calle de Sevilla, núm. 16. Seis targetas á la americana, inclusa la primera prueba, 50 rs.

TINTA IMPERIAL.

De escribir y de copiar, compuesta únicamente de agallas. Por su color, siempre igual é invariable, es la mejor para la contabilidad y las escrituras. Principal es de óstos: Carrera de San Gerónimo, 20; Puerta del Sol, 6; calles del Olivo, 3; Jacometrezo, 82.

MADRID: 1868.—Imprenta de EL CASCABEL, Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.